

Empleo, pobreza, distribución del ingreso: ¡qué poco sabemos!

Javier Lindenboim (UBA-CEPED)

Resumen

El presente artículo analiza las dinámicas macroeconómicas y del mercado de trabajo en la Argentina con particular énfasis en la delicada situación en 2014 y con vistas a la situación de 2015. Mediante una descripción sectorial y de los efectos estructurales generados por la crisis de 2001, el autor pone de manifiesto las limitaciones de los diagnósticos oficiales, especialmente en lo referente al empleo y los ingresos.

Palabras claves: Desequilibrios macroeconómicos, Empleo, Ingresos.

Abstract

This article analyzes the macroeconomic and labor market in Argentina with particular emphasis on the delicate situation in 2014 and overlooking the situation of 2015. Through a dynamic sector overview and structural effects generated by the crisis of 2001, author highlights the limitations of official diagnoses, particularly with regard to employment and income.

Keywords: macroeconomic imbalances, Employment, Income.

Recibido 2.2.2015 Aprobado 7.4.2015

El año 2014 se inició con tensiones económicas (que llevaron en pleno mes de enero a producir una importante depreciación de nuestra moneda) y con algunos anuncios institucionales que podían significar que se desandaría el camino que afectó a las estadísticas públicas y a su organismo rector, el INDEC. En tal sentido se tuvo el anuncio de un índice de precios que reemplazaba al que había sido objeto de ostensible manipulación durante los siete años precedentes y, poco después, se divulgaba una nueva serie de datos macroeconómicos que modificaban de manera significativa diversos aspectos de las variables conocidas (el producto había crecido menos que lo informado antes, la inversión era menos importante que lo que se decía, etc.)

Una hipótesis plausible en ese momento -habida cuenta de otras gestiones como la regularización de las deudas del país con el CIADI o con el Club de París o el pago del monto reclamado por REPSOL por la apropiación de YPF- era que se estaría iniciando una etapa en la que se normalizarían las tareas de producción de estadísticas públicas. Es cierto que las primeras acciones no eran del todo contundentes pues los anuncios sectoriales fueron hechos con activa participación de la plana mayor del INDEC que tuvo a su cargo su retroceso técnico.

Pasado un poco más de un año desde entonces, tanto en lo relativo a la información económica como a la de

naturaleza social, así como en la gestión estatal de las más diversas áreas se ha continuado (si no profundizado) la tarea de desinformación por parte de los más variados ámbitos de la administración nacional.

Entre las “víctimas” de ello se encuentra no sólo el histórico índice de precios al consumidor sino también alguno de sus derivados (como la incidencia de la pobreza de hogares o personas), pero también los vinculados con el comercio exterior, con el endeudamiento del Estado entre las informaciones manipuladas. Asimismo no se recuperaron otras que fueron arbitrariamente interrumpidas como las relacionadas con las antiguas series de la seguridad social interrumpidas, casualmente, luego de la estatización de los fondos de las Administradoras de Fondos de Jubilaciones y Pensiones. El desafortunado estilo llegó también a los resultados de la Encuesta Permanente de Hogares entre cuyos “logros” más recientes está el de informar que el empleo sube mientras cae la tasa de empleo o que los asalariados desprotegidos mejoran sus ingresos no sólo en términos reales sino por encima de lo sucedido con los asalariados protegidos.

Como es comprensible, en estas condiciones no es una tarea sencilla exponer cuál es la situación actual del mercado laboral de Argentina. El lector sabrá ponderar la situación a los efectos de construir su propia interpretación de lo que aquí se expone.

El mercado de trabajo luego de la crisis de 2001

La salida de esa crisis operó a partir de una medida inicial (la devaluación del peso) a la que se sumaron la instauración de retenciones a las principales exportaciones y la creación de un amplísimo programa de protección social al que se hace mención un poco más adelante. Asimismo contribuyeron el gran impacto del cambio de precios relativos a favor del capital (que favoreció rápidamente la recuperación de la producción doméstica), la restricción a la propagación del efecto de la devaluación sobre los precios como consecuencia de la crisis que mantenía contenida la demanda, la relativa protección de los sectores más afectados por medio de sumas fijas y finalmente, aunque no lo menos importante, la irrupción de China al mercado mundial lo que permitió potenciar la producción local de soja que había venido desarrollándose desde la década anterior. Los impuestos a esas y a otras exportaciones contribuyeron primero a financiar los planes de atención social iniciales y poco a poco se constituyeron en una invalorable fuente de reconstitución de las finanzas estatales.

En esas condiciones, el tipo de cambio relativamente alto facilitó la colocación externa de producción local y se erigió en barrera protectora contra la producción extranjera. De allí que ya hacia fines de 2002 el país se encontraba en una franca instancia de recuperación de

la actividad económica que continuó y se potenció a partir de la normalización política luego de las elecciones de 2003 que ubicaron al Dr. Néstor Kirchner en la presidencia de la nación.

El importante crecimiento económico se tradujo en alta demanda de empleo (la pequeña y mediana empresa jugó un gran papel en dicho proceso) y ese mismo marco facilitó no sólo que más miembros de los hogares proveyesen ingresos a sus familias sino que la paulatina recuperación de parte de la caída anterior del salario real se agregó para conformar un ambiente socioeconómico enormemente positivo. En esos primeros años, la recuperación del dinamismo económico pudo parecer inacabable.

Con la eclosión de la crisis de la convertibilidad se hizo imprescindible impulsar mecanismos de otro carácter y amplitud. Primero -en febrero de 2002- se diseñó el Plan Jefas y Jefes de Hogar Desocupados, un ambicioso programa de atención a la población más afectada por las carencias originadas tanto en las políticas de los años noventa como en la devaluación asociada con la terminación del “1 a 1”.

El volumen de ocupación no había declinado en la última década del siglo XX, pero su incremento fue escaso y estuvo asentado en la creación de empleos desprotegidos en cantidades algo mayores que los empleos protegidos que desaparecieron, en el marco de una mayor tasa de asalarización. En ese contexto, la crisis del fin de la convertibilidad po-

tenciaba el riesgo de cierres de empresa o suspensiones, por lo que se aumentó la protección contra despidos. Los empleos precarios o en negro no contaron con esta protección.

Poco después, a mediados de 2002, se inició un proceso de reversión del ciclo económico acompañando las medidas macroeconómicas con otras directamente ligadas con la distribución primaria del ingreso (aumentos salariales no remunerativos); esa recuperación empezó a ser más nítida a comienzos de 2003, de manera que al instalarse el nuevo gobierno con el mismo equipo económico, que ya llevaba un año de gestión, el proceso se consolidó rápidamente. Luego de la transformación en remunerativos de los aumentos ya otorgados, se elevó el salario mínimo y poco después se reabrieron las discusiones paritarias para la renovación de los convenios colectivos.

El ordenamiento macroeconómico logrado desde mediados de 2002 sumó a la gestión del momento (que superó las presiones de los grandes grupos económicos y los organismos internacionales que pugnaron por la dolarización o bien por un tipo de cambio mucho más alto que el de tres pesos por dólar que predominó durante buen tiempo luego de la crisis) nuevas y favorables condiciones internacionales. Por una parte la devaluación extraordinaria favoreció la reestructuración de precios relativos, con poco traslado (comparativamente) del tipo de cambio a los precios internos lo que estimuló la producción interna

para abastecer el mercado local y volver a los mercados internacionales. En simultáneo con la admisión de China a la OMC (ocurrida en diciembre de 2001) se produjo un fuerte impacto en el comercio mundial en el cual las demandas de ese país de bienes primarios sacudieron al mundo tanto en términos comerciales como financieros. Brasil y Argentina, por ejemplo, se beneficiaron de la demanda de soja y otros países de la región también vieron mejorar notablemente sus economías a través de sus respectivos sectores externos.

Los sectores empresarios de mayor porte acompañaron el proceso de recuperación sea por haberse beneficiado de la pesificación asimétrica, sea por desencanto de la convertibilidad, sea por el temor de los reclamos sociales, sea por la fuerte caída del costo salarial. Los sectores medios también vieron con interés la recuperación del mercado interno (del cual son parte). Unos y otros, tan pronto como a cada uno le fue posible, encontraron los medios para reposicionarse alimentando las presiones inflacionarias al menos desde fines de la gestión de Néstor Kirchner.

En resumen, el proceso económico y las políticas pertinentes se desarrollaron en el marco de la conjunción virtuosa entre excepcionales condiciones externas (desconocidas en el marco de la versión oficial del siglo XXI) como no las hubo en el último medio siglo y decisiones políticas acertadas (por lo general no rescatadas por críticos acérrimos de esta década).

Entre las decisiones acertadas pueden mencionarse (fuera de las de orden estrictamente político como podrían ser las de la recomposición de la Corte Suprema de Justicia y las vinculadas con los derechos humanos) la firmeza en la etapa de renegociación de la deuda externa, la preocupación por mantener el dinamismo del mercado interno, las concomitantes medidas tendientes a reencauzar las relaciones salariales en el marco de la legalidad y protección. **Más allá de la verborragia** en pro o en contra, la preservación de la inserción internacional de Argentina en materia de bienes primarios y el acompañamiento de la creciente mejora de los precios internacionales con el aumento de la imposición a esas exportaciones, constituyó un soporte indudable de la rápida salida de la crisis.

De allí surgió un período de crecimiento económico, de notable ampliación de la fuerza laboral, de recuperación parcial de la capacidad de compra del salario, de disminución considerable de los índices de pobreza e indigencia, de menor porcentaje de asalariados desprotegidos (aun cuando su número no se redujo). El hecho de que similares progresos hayan ocurrido en la casi totalidad de los países de la región no atempera su mérito. Hay un debate inconcluso acerca de la interacción entre esas nuevas condiciones internacionales y los cambios políticos acaecidos en varios países de la región. Lo que parece cierto es que como hojas de una tijera ambos aspectos son necesarios.

Detengámonos ahora en la situación resultante en la ocupación. En el Cuadro 1 se aprecia la diferencia importante registrada por el empleo asalariado entre los noventa y los dos mil, claramente a favor del decenio reciente. El ritmo en este siglo es varias veces superior al registrado a fines del siglo XX y, además, la calidad del empleo creado es mucho más favorable a los trabajadores. Pero es necesario observar este último lapso por subperíodos (Cuadro 2). Se perciben así aspectos que deberían ser, por lo menos, inquietantes:

- En el primer trienio, el empleo aumentó mucho más que en el resto de la década, esto es que el muy alto ritmo de creación de empleo llegó hasta 2006 y luego declina de manera notable
- La composición del empleo según su “calidad” es satisfactoria en grado sumo en comparación con el fin del siglo XX pero hay una reanudación del crecimiento del empleo precario en los años recientes y su proporción se estancó en un tercio de los asalariados.
- Al contrario de los años noventa la Manufactura y la Construcción aumentan su dotación. Sin embargo el aumento del empleo industrial fue característico sólo del trienio inicial, desapareciendo luego casi por completo.
- El incremento del empleo de la construcción también fue impactante en el primer trienio (aunque compuesto en proporciones parejas

por empleos protegidos y precarios), con fuerte caída posterior del ritmo de creación de puestos.

- En la producción urbana de bienes, por lo tanto, hay gran dinamismo pero este aparece relegado casi por completo a los años iniciales. El acumulado del empleo industrial fue similar al del empleo total por lo cual el peso en el conjunto se mantiene, no se incrementa. Algo similar ocurre en la construcción con un agravante: en el lapso inicial son parejas las proporciones de aumento del empleo protegido y del precario. En cambio hacia el final, este último tiene mayor dinamismo, es decir, reaparecen rasgos negativos.
- El servicio doméstico, cuya dinámica suele acompañar el ciclo económico, muestra en el último bienio un comportamiento negativo. De todos modos, parecen notarse los efectos de la campaña oficial por registrar el empleo en los hogares a lo largo de todo el período.
- Computando medias anuales, el empleo estatal creció al 2% al inicio, al 3,5% en el lapso intermedio y al 8,5% en el último bienio (casi todo el tiempo con aumento de empleo precario en su seno).

Estos elementos confirman que el mercado de trabajo de comienzos del siglo XXI posee más lazos en común que diferencias con el precedente. Esto es, que el notable aumento del empleo

de los primeros años luego de la crisis y el visible mejoramiento del salario real que lo acompañó han tenido más que ver con la profundidad del punto de partida que con la modificación sustantiva de las bases de su funcionamiento. No sólo la precariedad disminuyó pero quedó en un escalón más desfavorable que en los noventa sino que el salario también salió de la crisis en un escalón más negativo, muy mejorado de la *debacle* de fin de siglo pero sin posibilidad de recuperar los valores de décadas anteriores. La calidad del empleo de quienes logran una inserción sigue siendo endeble con fuertes componentes de inestabilidad y precariedad. La pobreza disminuyó pero mucho menos que lo sugerido por los fantasiosos indicadores del INDEC.

El año 2014: mayores interrogantes

Como se indicó al comienzo, el año último ha sido de una peculiar complejidad para su análisis. En materia ocupacional las dudas abundan. Existen variados elementos de juicio que sugieren que las estadísticas poblacionales de la EPH, dentro de las cuales se encuentran las relativas a la participación económica de la población y a los ingresos percibidos (de fuente laboral o de otro tipo) hace tiempo que entraron a un terreno de escasa solidez.

En el último número de la Revista de FIDE, Coyuntura y Desarrollo, dirigi-

da por dos economistas muy cercanos al gobierno nacional (Héctor Valle y Mercedes Marcó del Pont) se publicó un artículo en el que critican las presentaciones recientes de la información sobre empleo del INDEC y llegan a la conclusión de que “sólo” se habrían perdido en 2014 unos 150 000 puestos de trabajo, lo cual no puede ser apreciado de manera directa y clara a partir de la información provista en los informes de prensa del organismo. La cifra, correspondiente a la estimación para los aglomerados urbanos debe expandirse al total nacional. En ese caso nos acercaríamos al cuarto de millón de ocupados. Debe señalarse que los datos oficiales indican una baja cercana a dos puntos porcentuales en la tasa de actividad y en la de empleo pero la haberse modificado la población de referencia de los aglomerados encuestados, en especial el Gran Buenos Aires, pareciera que el empleo en 2014 estuvo estancado. En otro lugar haremos un detallado análisis al respecto. Aquí sólo debemos decir que la baja efectiva de la fuerza laboral difícilmente haya sido menor a los 300000 por lo cual se habría perdido poco menos que el diez por ciento del incremento acumulado desde la salida de la crisis de 2001/2.

Este es sólo un ejemplo. Otro puede ser la información –más que llamativa– de que en igual lapso los asalariados carentes de protección (los precarios o trabajadores en negro) habrían mejorado sus ingresos medios en un 40%, mucho más que los asalariados “en

blanco”. Y la lista puede ser más extensa y detallada.

Hecha esta aclaración, lo que debe agregarse es que no existe forma alguna de reemplazar esta fuente de información dada la envergadura y los costos asociados con un relevamiento equivalente. De manera que, a diferencia de lo que cree poder hacer el ciudadano común al contrastar el irrisorio número que el INDEC proporciona mensualmente (como supuesta expresión de la variación de los precios de los bienes de consumo familiar) con su percepción a través de las compras cotidianas, en esta materia tal contraste no hay forma de ser hecho con éxito.

Es cierto que algunas inferencias pueden intentarse. Por ejemplo, la baja de la tasa de actividad (que, para simplificar podemos llamar el “desaliento” a buscar trabajo) puede aludir a un probable nivel de desempleo que queda oculto al no manifestarse como oferta laboral que no encuentra colocación en el mercado. Digamos –de paso– que en parte este fenómeno del desaliento lo observamos en los años noventa al endurecerse las condiciones sociolaborales y resultar evidente para grupos poblacionales importantes que era muy difícil obtener un empleo (sea el primero para los jóvenes o el de reemplazo para los mayores).

En resumen, es probable que el número oficial esté subestimando el problema al menos por dos vías: por este aparente desaliento y, quizás, por un

manejo no riguroso de la EPH, tanto en la variable ocupacional como en lo relativo a los ingresos monetarios.

El punto es que, en cualquier caso, la secuencia podría describirse como una etapa inicial dinámica, hasta 2007, una de estancamiento posterior y actualmente una de franco deterioro.

Perspectivas

En este contexto, la perspectiva de este año 2015 es particularmente inquietante. La afirmación se sostiene al menos en dos elementos.

Por un lado en la continuidad (y, quizás, agudización) del estancamiento económico en que venimos desenvolviéndonos desde hace un par de años o más concretamente desde la asunción del segundo mandato de la Presidenta Cristina Kirchner. La decisión de fijar el tipo de cambio y sólo moverlo con extrema lentitud (muy por debajo de la variación media de los precios internos) sólo puede terminar expresándose en un mayor entorpecimiento productivo. Por lo tanto, la demanda laboral no podrá recuperar el dinamismo que tuvo a la salida de la crisis de 2002.

Al propio tiempo, y por factores parecidos, no hay perspectivas de dinamización por el lado de la inversión ni por el del comercio exterior. El intento oficial de favorecer un mayor consumo en estas condiciones, por supuesto, sólo puede agudizar los problemas pues

sólo termina empujando la espiral inflacionaria.

En otras palabras, las acciones de inteligente aprovechamiento de rasgos coyunturales favorables (gran demanda externa de bienes primarios, alza inusitada de esos precios, grandes ingresos fiscales asociados con ello, entre otras) sin producir cambios estructurales en el funcionamiento económico nos resultaron útiles en la bonanza. Pero la mirada cortoplacista denota su falencia apenas cambian las circunstancias propicias.

Además la política oficial no parece orientada a procurar una transición política racional a fines de 2015 con lo cual tendremos probablemente un año más complicado económicamente y una acumulación de tensiones por ser resueltas por el próximo gobierno, cualquiera sea el signo del mismo y/o de los núcleos políticos que lo sustenten. Desde el punto de vista sociolaboral todo esto puede niveles de conflictividad significativos.

Los principales desafíos pasan, por un lado, por la recuperación del crecimiento económico, en virtud de que la demanda de trabajadores es una variable dependiente del nivel de actividad. Asimismo y no siendo una tarea sencilla (en especial porque no se la encaró en los años recientes en que tuvimos alto crecimiento económico), debe afrontar una estrategia que conjugue las metas macroeconómicas y las sociales a través de un diseño que contribuya al necesario incremento de la productividad media de la economía.

Ese incremento puede quedar totalmente en manos de los empresarios o asignarse en parte a ellos y en parte al sector laboral. Se ha hablado muchas veces de acuerdos o pactos sociales pero nunca se planteó el tema en estos términos. De hacerse así, habrá más chances de construir un escenario en el que pue-

da facilitarse la recuperación de aquellos sectores de asalariados que se han visto afectados negativamente en sus ingresos. Parece una tarea imposible pero resulta imprescindible. Claro que para esto (no sólo para esto, por cierto) la recuperación de las estadísticas públicas adquiere una notable prioridad.

Cuadro 1. Variación acumulada del empleo asalariado urbano en cada decenio (por rama)

SIN PLANES	1990's			2000's		
	Cambio total	explicado por		Cambio total	explicado por	
		protegidos	Precarios		protegidos	precarios
Manufactura (con EGA)	-34,8	-32,8	-1,9	32,6	36,7	-4,1
Construcción	-39,5	-27,3	-12,2	78,2	38,9	39,3
Comercio	8,4	-8,0	16,5	40,2	37,1	3,0
Transporte, comunicaciones y servicios conexos	27,2	-2,8	29,9	50,4	43,0	7,4
Servicios financieros e inmobiliarios	36,0	17,0	19,0	42,9	43,1	-0,2
Administración pública y defensa	2,0	-7,5	9,5	43,0	40,0	2,9
Enseñanza, servicios sociales y comunitarios	34,0	23,5	10,4	25,9	28,2	-2,3
Servicio Doméstico	18,1	-3,1	21,3	25,2	15,7	9,5
Otros (1)	32,8	3,9	28,8	56,3	47,6	8,8
Total	4,2	-6,1	10,3	39,4	34,9	4,4

Fuente: Elaboración propia sobre la base de las series de la Encuesta Permanente de Hogares (INDEC)

Cuadro 2. Variación del empleo asalariado sectorial según subperiodos (%)

SIN PLANES	4° 2003 - 4° 2007			4° 2007 - 4° 2010			4° 2010 - 4° 2013		
	cambio	explicado por		cambio total	explicado por		cambio total	explicado por	
		protegidos	precarios		protegidos	precarios		protegidos	precarios
Manufactura (con EGA)	37,1	31,9	5,2	1,6	7,0	-5,3	2,1	-1,7	3,8
Construcción	54,3	32,1	22,2	-1,2	0,6	-1,7	1,8	-5,0	6,8
Comercio, Restaurantes y Hoteles	21,0	21,4	-0,4	8,9	9,6	-0,8	-3,7	-0,3	-3,4
Transporte y Comunicaciones	9,9	10,2	-0,3	7,4	12,1	-4,7	10,9	5,7	5,2
Serv. Financieros e Inmobiliarios	10,3	12,9	-2,6	-1,4	3,0	-4,4	-14,7	-12,9	-1,8
Adm. Pública y Defensa	9,3	16,2	-6,9	21,3	16,9	4,5	10,4	9,8	0,6
Enseñanza, Salud, Servicios sociales	13,9	12,0	1,9	9,0	12,8	-3,8	3,9	6,8	-2,9
Servicio Doméstico	23,6	7,9	15,6	-4,4	7,1	-11,5	9,5	6,4	3,1
Otros (1)	44,3	34,8	9,5	6,4	6,0	0,3	10,5	6,8	3,7
Total	24,0	20,4	3,6	6,1	8,9	-2,8	4,1	3,0	1,1
(1) Incluye servicios empresariales									

Fuente: Elaboración propia sobre la base de las Bases Usuaras de la EPH, INDEC